El vestido Rojo

Elvis Conti

Capítulo 1

La princesa de Papá. Así se sigue sintiendo Grace.

Un recuerdo recurrente, sobre todo, cuando llega a dedicar un tiempo mayor que el razonable, enfrente del modesto tocador de toda su vida, el mismo que fue su madre y, antes, de la madre de su madre. Cepilla con movimientos suaves, acompasados, desenredando el largo y brillante cabello de color castaño claro, en un rito cotidiano de comunión con el recuerdo entrañable de su madre.

Mientras lo hace así, suele rezar el Rosario completo. Y lo hace con absoluta devoción, pues de otra manera tendrá que empezar de nuevo o el cabello se le estropeará. Así le enseñó su madre desde que era una cría.

Mira en el espejo de soslayo sus enormes ojos miel, y le es imposible dejar de ver también los tenues avisos de los años que ya han pasado. Luego, evadiéndose, rememora a su querido padre diciéndole, con voz teatral y desmesurada:

– ¡Quiero saber qué Príncipe será el que pueda merecer a mi princesita, la de los ojos maravillosos!

Y junto a Grace, reía también su mamá, mientras cosía ropa en aquella vieja máquina de coser *Singer,* artilugio que ahora sirve de base para una pecera que, a pesar de no ser tan grande, así lo parece, pues en ella solo habita Igor, un solitario pez cirujano amarillo que, de tan triste que se ve, Grace se la pasa haciendo planes para ir a adquirir, sin falta, una pareja que venga a acompañar al pobre Igor.

Pero Grace no encuentra sosiego en su mente, brinca de un lado al otro. Ahora, es la niña Grace, que de verdad podía imaginarse la circunstancia por la cual tendría que lidiar con ese menudo problema: atender a un grupo de príncipes solicitantes, que presentan sus credenciales, tratando de impresionarla con dragones muertos y otros trofeos, solo para ganar el favor de sus "ojos maravillosos".

Sumergida en ese recuerdo, se ve sacudida por la alerta del celular. El aviso que debe salir de su departamento en los próximos 10 minutos o, de lo contrario, no podrá llegar 20 minutos antes de la hora de entrada a la oficina, tal y como ella se exigía.

Se incorporó de inmediato, tomó su loncherita de *Kitty*, su bolsa y celular. Antes de salir, se santiguó frente a la pequeña imagen del Sagrado Corazón de Jesús y la de Juan Pablo Segundo que reposan en la mesita del diminuto recibidor. Obsequió los dos besos de siempre a la

fotografía de sus papás, en la que aparecían felices, con los colores *Polaroid* ya muy gastados y en aquella lejana palapa de Veracruz, lejana a la distancia y más lejana aún en el tiempo.

Ese era un día muy especial. Usaba un vestido rojo carmesí que recibió la navidad pasada de parte de su tía Judith, la preferida, la que vive en los Estados Unidos. Vestido del que había estado posponiendo su estreno para esta fecha en particular. El vestido era un tanto ajustado y realzaba exponencialmente su figura, la que usualmente ocultaba con ropa muy suelta y modesta. Grace de pronto lucía grácil y garbosa.

Su rostro, a pesar de nunca maquillarse, era no solo muy atractivo, sino que era aderezado por un brillo especial en sus ojos. Así que, sin recordar la última vez que se pintó, terminó sorprendida del resultado de aplicarse un poco de rímel y un mínimo de lapiz labial en tono coral, se transfiguró en una mujer de una hermosura rotunda, y cuya evidente modestia la hacía todavía más encantadora.

Quizá alguien muy atento y un tanto menos discreto, le hubiera sugerido que ese atuendo resultaba más apropiado para una fiesta o una salida de noche. Pero Grace era todo, menos una cultivadora de las minucias y veleidades de la moda. La prenda era lo suficientemente ceñida para dar ocasión, apenas salió del edificio, de encenderle las mejillas, de vez en vez, cada que un hombre la observaba detenidamente.

Muy pronto aquello se volvió un calvario. Ya no solo eran las miradas fijas y algunas salaces lo que la incomodaba. Recibía expresiones de todo tipo, desde los piropos con las mejores intenciones, hasta frases de una vulgaridad inaceptable. ¿Qué le da derecho a algunos hombres de meterse con una mujer que va por la calle? ¡Aun y cuando fuera desnuda!

Grace pensó varias veces regresar para cambiarse. Era muy tarde ya, había abordado el metro. cara roja la delataba, con una mezcla de pena, culpa y coraje. or si fuera poco, Grace era su propia víctima. Su timidez, afectada de un conservadurismo rancio, el mismo que heredó de sus padres, la tenía ahí, como si estuviera empalada en una hoguera.

Ya no solamente sentía los aguijones masculinos. Ahora los acompañaba el escrutinio femenino, acusatorio y lleno de reproche, pagando así el precio de su hermosura . Grace con la mirada en el piso, pensaba en el placer cotidiano de ser invisible, de pasar desapercibida. Trabajando todo el día, para llegar a tiempo a cumplir con su amada rutina. Un baño en la tina, medio *sandwich*, una copa de rompope y su programa del *Discovery Channel*.

Muertos sus padres, que eran el pequeño mundo en el que habitaba, ignoró muy pronto a todos los interesados que se fueron presentando,

convencida que ni eran lo suficientemente buenos para ella, ni ella para ellos. Aferrada así, continuó por la vida, idealizando su independencia y libertad, aun y cuando nunca las ejerció realmente. Solo ahora que, había acusado recibo de los años vividos, sorpresivamente, sin recato y mucha frustración, se permitía pensar en el "*¿Qué hubiera pasado si hubiera conocido al alguien?*". Muy en el fondo, lo que en realidad se preguntaba era si ella merecería ser feliz en el presente.

-0-

La contrariedad fue completa cuando tuvo que marcar su tarjeta de asistencia con las 09:03.

Grace, puesto un pie en la oficina, recibió en esa mañana una andanada de expresiones muy variadas a propósito de su aspecto, desde las más audaces a verdaderas muestras de respetuosa admiración. Un sabor realmente agridulce para quien preferiría ser siempre parte de la escenografía, antes que un personaje central. Máxime si estaba en su centro de trabajo.

Apenas se sentó en su lugar, oyó sonar su teléfono. Era Amadita, que le avisaba sobre lo mal que estaba de los bronquios, que había sido medicada y no podría ir a trabajar ese día. Amadita se quejaba de su mala suerte, y lo lamentaba más que nada porque era el cumpleaños de su jefe, el Licenciado Jorge del Llano. Razón por la que le encargó, "encarecidamente", que lo atendiera muy bien y estuviera atenta a sus deseos. Le recordó sobre las llamadas pendientes, los oficios para su firma, la visita del técnico que haría el mantenimiento de su computadora y la confirmación de la reserva en el Restaurante *Sforza*, para la cena que tendría con sus hijos.

Amada era como su madre postiza, a quien recurría cuando la abatía la tristeza y la soledad, la única persona en el mundo que conocía su pequeño gran secreto: Grace estaba silenciosa e irremediablemente enamorada de Jorge de Llano. Esto, prácticamente desde que entró a trabajar en esa oficina, hacía ya 15 años.

Entre todas las cosas, sintió cierto alivio de que Amadita no la viera vestida así, pues ahora que lo pensaba, muy posiblemente la hubiera reconvenido por ello, además de hacerle ver que esa transformación resultaría harto obvia para todos. Amadita tenía esa ascendente sobre ella. Antes de colgar le alcanzó a decir, con un poco de complicidad y también con un poco de prohijada preocupación:

– *¡Que no se te note mucho mija…!* - Grace sólo sonrió. Eso sí sabía hacerlo muy bien… que no le se notara.

-0-

Desde el otro extremo, cruzando la puerta que da hacia los ascensores, vio que llegaba Jorge del Llano. Con ese paso rápido y decidido que bien le conocía. Dispensó en el recorrido hacia su oficina, los tumultuarios abrazos y parabienes por su cumpleaños, y mientras lo hacía así, Grace no se perdía un segundo de esa escena, un exceso que Amadita no le permitiría jamás. Desde luego, era un tipo muy apuesto para sus cincuenta años. Pero, si fuera solo por eso Grace se habría enamorado y vuelto a desenamorar 10 veces más en esos 15 años. Ella amaba incuestionablemente a Jorge del Llano. Que era solo "Jorge" en sus adentros. Y lo hacía porque era un hombre que exudaba integridad, un caballero de una pieza y un excelente jefe en una oficina llena personas que empezaron con él su vida laboral, y ahí continuaban leales y comprometidas.

Jorge del Llano se paró un momento a un lado de Grace, mientras la saludaba como todos los días.

– *Grace, buenos días… ya sé que la pobre Amadita se encuentra mal, ya me avisó. Así que Usted me va a tener que aguantar este día*… – Grace trató de decir que no era ninguna molestia o algo así, pero él no le dio tiempo de hacerlo.

– *Le pido Grace me ayude a salir temprano hoy, pienso salir a cenar con mis hijos… por favor sírvame un café*– Se lo dijo él, mientras revisaba discretamente su reloj.

El trato que le dispensaba Jorge de Llano era tan respetuoso como distante. Este se entendía siempre con Amadita, que era su secretaría principal, y no obstante que Grace era quien le gestionaba la mayoría de sus asuntos, él jamás se enteraba de lo que hacía o dejaba de hacer. No era afán de Grace ser dramática, pero la verdad es que Jorge del Llano, el Jorge de su corazón, difícilmente se dirigía a ella.

– *Sí señor, con mucho gusto*…- Y, en ese instante, Grace decidió que era el momento adecuado para felicitarlo, así que hizo por levantarse para darle un abrazo, pero él giró y entró a su oficina y ya no se enteró de esa intención.

Grace se sintió apenada, pues varios en la oficina se dieron cuenta del abrazo fallido. Ahí se quedó inmóvil por unos segundos, con su vestido rojo y mirando a la puerta de su jefe. Trató de no darle mucha importancia, así que presurosa se dirigió a preparar la taza de café solicitada. Un café negro muy cargado y con una hojita de eucalipto. Y se preparó a entrar a la oficina, un hecho que ocurría muy pocas veces al año, lo que provocó que las piernas le temblaran. Tocó la puerta dos veces y entró. Ahí estaba su jefe, con su hermosa sien plateada y su

quijada de acero.

Grace caminó hasta el escritorio y depositó la taza de café a su diestra, tiempo en el que él, en ningún momento quitó la vista del documento que estaba leyendo. Grace, después de pensarlo mucho, dio la vuelta al escritorio determinada a darle finalmente el abrazo de cumpleaños tan diferido.

– *Licenciado. Permítame darle un abrazo y desearle lo mejor en este día para Usted*– Y le abrió los brazos. Él cuando advirtió el propósito de Grace, se levantó con toda corrección, pero fue, cuando se hubo incorporado, que la vio así, con sus brazos extendidos y con ese vestido rojo. Casi automáticamente, le cambió la cara y se puso serio. Aceptó el abrazo secamente y se volvió a sentar. Grace, sin saber qué, alcanzó a darse cuenta que algo había pasado. Así que, desconcertada, se dirigió calladamente fuera de la oficina.

– *Con su permiso licenciado*…- Dijo grace muy quedo, y justo cuando tomaba la perilla de la puerta para salir, oyó la voz ronca desde el fondo, diciéndole:

– *Señorita Grace. Antes de que salga permítame decirle que me parece que su vestido resulta impropio para venir a trabajar con él… le voy a pedir muy atentamente que procure evitar vestirse así en esta oficina*– Le espetó severamente.

Grace no estaba preparada para oir eso. Sintió una estocada fría y prolongada, una hoja de cuchillo que se le metía por la espalda. Quedó quieta, congelada, no atinaba darse la media vuelta y verlo, o bien, girar la perilla para terminar de salir. Después de unos segundos en esa cicunstancia, ella misma oyó como de lo más hondo le empezó a brotar un llanto, primero, quedo y sentido, pero poco a poco creció y se hizo más fuerte. Era inevitable juzgarse a sí misma en ese momento como la mujer más vulgar del mundo, expuesta y desnuda, una María Magdalena lapidada por el hombre a quien iba dirigido todo su cariño, la única razón por la que ese día usaba ese vestido, y a quien sólo pretendía… ¿Qué? ¿Agradarle? Quizá más que eso ¿Gustarle un poco? Una rabia desconocida se añadió al coctel de sentimientos que, con sabor muy amargo, le ofrecía ese momento.

Pero ¿Cómo se podía haber equivocado? Él jamás, ni por error, le había dado un solo motivo para que ella pudiera pensar nada. Luego, se le nublaba el pensamiento y lo único que podía hacer era encogerse y continuar llorando.

Toda esa escena la observó Jorge del Llano mudo y perplejo. Y aunque se tardó en reaccionar, gentilmente se levantó de su escritorio y fue hacia donde estaba ella, doblada junto a la puerta y todavía con la mano

fundida en la perilla, con ese llanto profundo que tanto lo sorprendió. La tomó delicadamente de ambos antebrazos, y la llevó a sentarse en la salita de su oficina. Grace, autómata, se dejó guiar mientras se tapaba avergonzada la cara con sus manos, que imaginaba pintada de mil colores. Él se sentó junto a ella. Ella siguió llorando, ahora su llanto era irresistible, se había soltado como un torrente.

En todo ese momento él no había soltado una sola palabra, no podía imaginarse cómo es que había herido tan profundamente a esa linda mujer. Se encontraba muy mortificado y sin saber qué hacer para devolverle la tranquilidad, todo lo que se le ocurrió fue abrazarla. Ella, cuando se supo cobijada por sus brazos paró de llorar. Supo por primera vez lo que era un abrazo de él, luego conoció su cercanía, su olor, su calor. De verdad se estaba muy cómoda ahí.

La serenidad fue llegando, precedida por la prudencia y la razón.

Grace, muy pronto entendería que esa situación extraordinaria, lo ocurrido en los últimos 10 minutos, marcaría necesariamente el fin de una etapa en su vida. Las cosas ya no volverían a ser iguales, ese día se había roto el espejo detrás del cual permaneció 15 años oculta, mirando a lo lejos a un hombre y a una felicidad que siempre fue tan improbable como dos lunas en una noche. Recordó los primeros años de su amor, que más que secreto era clandestino, pues él aún estaba casado. Luego, cuando enviudó, fue el único momento de esperanza real, pero ella se negó a intentar nada, pues la atacó un prurito moral. Simplemente, sabía que el proceso de superar la ausencia de su mujer le estaba costando mucho, y no le pareció correcto. Después tuvo que admitir que nunca pasaría nada, pues él la ignoraba olímpicamente. Y únicamente le quedó atestiguar a lo lejos como otras mujeres trataron de conquistarlo, pero se toparon siempre con un muro. Ella jamás se insinuó de ninguna manera. Ni hubiera sabido hacerlo, ni lo habría intentado.

Comprendió Grace, en ese punto de partida sin retorno, que lo último que le quedaba era ser digna y valiente. Así que se tomó unos segundos más para tomar impulso.

– *Licenciado del Llano*- E hizo una pequeña pausa, necesitaba estar segura de las frases que soltaría -*Le anuncio, en este momento, que renuncio a mi trabajo en esta oficina*…– Apenas lo dijo, fue interrumpida por él.

– *¡Grace, por favor! ¿Ha perdido Usted la razón?*… – Y de pronto cedió un poco la firmeza y autoridad de su voz – *Le ruego perdone mi atrevimiento, no la quise ofender, usted se ve muy bien sólo quería…*– Ahora era ella la que lo interrumpió.

– *Jorge*…- Cuando Grace le habló así, él abrió los ojos como platos.

– *Ya que he renunciado, me permito respetuosamente tutearte para decirte algunas cosas que tengo que sacar del alma, y pues la verdad no es lo mismo decírtelas a "ti", que decírselas a "usted"*.

- *Solo te pido que no me interrumpas*…- Y en ese momento Grace, como nunca lo había hecho, lo veía directamente a sus ojos.

– *Esto que ha ocurrido hace unos minutos, me ha servido para poner fin a una situación en la que llevo ya 15 años y la que no puedo sostener más*- Y en verdad Grace era otra, su tono, aunque dulce, era fuerte y con total seguridad.

- *Quiero que sepas que te quiero. Que desde que llegué a este lugar supe que te amaría con todo mi corazón, y este amor mío ha florecido porque se ha alimentado en todo este tiempo, del respeto y la admiración que te tengo. Nunca dije nada, nunca hice una mínima expresión de ello. Escogí enterrar mi amor y protegerlo, porque las distintas circunstancias me hicieron saber que era imposible. Pero, sin embargo, el sentimiento ahí estaba, creciendo y respirando de los escasos momentos que, de vez en vez, compartía contigo. Yo supongo, que he sido feliz a mi manera, y a pesar de todo, he estado conforme. Pero ya no más. Ha sido un honor vivir devota a una persona tan valiosa como tú. Pero, supongo que todo tiene su fin. Hoy siento la necesidad de amarme más a mí que a ti* – E hizo una pequeña pausa, en la que Jorge del Llano no atinó saber qué hacer o decir.

– *Ya tengo 30 años y creo que merezco algo distinto en mi vida. Todavía soy joven y sigo siendo linda, a pesar de siempre estar buscando disimularlo*…- Cuando terminó esa frase, se levantó del sillón y siguió hablándole de pie, en tanto que él la seguía con su mirada.

– *Este vestido rojo que tanto te ha disgustado, lo he guardado por meses para ponérmelo en este, tu día. No me preguntes por qué, ni qué me movió hacerlo después de tantos años, pues no lo sé. Sin embargo, esto que ha sido un error de mi parte, en realidad ahora me está liberando*– Y grace se permitía darle la espalda a Jorge y caminar un par de pasos.

– *Y ya me voy. Creo que venderé el departamento que me dejaron mis padres y me iré a la provincia a iniciar una nueva vida. Y tú Jorge, tienes todo este tiempo para pensar qué vas a hacer. O te das una oportunidad conmigo o simplemente me sigues ignorando como en todos estos años. Yo te aconsejo muy seriamente que lo pienses bien, es mucho lo que tengo que ofrecerte, un amor añejado durante 15 años debe ser algo digno de considerarse* …- Y terminó de hablar. Se acercó a él, se inclinó y

muy delicadamente le besó en la mejilla.

Luego, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

Ya no volvió la vista atrás. Ni siquiera hizo por recoger las pocas cosas que le hubiera interesado llevarse. Camino veloz el trecho que le faltaba para salir del edificio y, ya afuera, le supo a libertad el soplo de aire que recibió en el rostro.

Por fin había logrado, después de tantos años, darle un golpe de timón a su vida.

Y así se le vio por última vez ahí, caminando veloz, con una sonrisa y con ese vestido rojo que de verdad la hacía ver como una princesa.